

SAGRADO

Universidad del Sagrado Corazón

Reflexión del Dr. Carlos Muñiz Osorio

Ascenso al rango de catedrático

Septiembre 2026

Cuando un sistema complejo está lejos del equilibrio, pequeñas islas de coherencia en un mar de caos tienen la capacidad de llevar todo el sistema a un orden superior.

Ilya Prigogine

Buenas noches a todas y todos. Reciban un caluroso saludo. Soy privilegiado de compartir esta noche con la colega Dra. Noemi Soto Nieves, la Dra. Nurys Pacheco Almonte y la colega y amiga, Dra. Alba Brugueras Fabre. Así como a los colegas el Dr. Javier Hernández Acosta y el Dr. Gabriel Paizy Damiani. A todas/os, mi admiración y respetos.

En el contexto del *giro histórico hacia una universidad de enseñanza e investigación*, he sido invitado junto a algunos de mis colegas, a compartir, cómo desde mi campo de estudio puedo aportar a... *“educar personas en la libertad intelectual y la conciencia moral, dispuestas a participar en la construcción de una sociedad puertorriqueña más auténticamente cristiana--una comunidad solidaria en la justicia y la paz”*, como reza nuestra misión. Y en este diálogo con nuestra misión, es inevitable repasar brevemente la naturaleza de esa *dialogicidad*, nuestro contexto histórico, los retos y el caos que enfrentamos, así como las alternativas o nuestras “islas de coherencia” y de esperanza.

Pero un diálogo -nos recuerda el educador brasileño Paulo Freire- es mucho más que un intercambio de ideas. Para Freire, el diálogo es *un acto de valentía y amor que une a las personas en una interacción igualitaria, activa y reflexiva para co-crear y transformar el mundo*. Es posicionarse de *igual a igual* con la otra persona, y con la vida misma. Entonces, dialogar implica reconocer nuestras limitaciones, nuestros sesgos y prejuicios, nuestros privilegios y oportunidades, lo que sabemos, pero más lo que ignoramos, es brindar genuinamente el espacio de participar en la construcción del conocimiento y de una comunidad, que es un requisito para transformar la realidad. Es saber que el diálogo real, nos cambia, nos transforma. Desde esta perspectiva y reconociéndome aun como aprendiz del diálogo, procuro discernir los tiempos que estamos viviendo.

Entonces una educación o un proceso de investigación centrado en el diálogo inevitablemente nos convoca a aprender de quien pretendemos y deseamos “educar”, o con quien o para quién deseamos investigar. Como comunidad de aprendizaje, todos/as enfrentamos retos de un mundo que experimenta múltiples injusticias e inequidades. Unas más evidentes que otras. El mundo en que vivimos hoy, y el que se está gestando desde los avances descontrolados de la llamada *Inteligencia Artificial*, más allá del dominio de competencias disciplinarias, nos confronta con múltiples injusticias:

- Sociales: como el racismo, la violencia de género, la violencia contra las personas migrantes...
- Ambientales: como el extractivismo, la generación de desperdicios y la contaminación, el racismo ambiental, la inseguridad alimentaria...
- Ecológicas: ecodios, deforestación, la pérdida de la biodiversidad por la destrucción de los hábitats por construcciones (como el Proyecto Escencia) o contaminación (Caño Martín Peña)...
- Climáticas: el calentamiento global por causas antropogénicas, el efecto mayor en los archipiélagos como el nuestro, y la desproporcionalidad de los impactos a sectores marginados y empobrecidos, particularmente mujeres y la niñez, como en el caso reciente de Nepal...
- Económicas: como el empobrecimiento, crecimiento en vez de desarrollo, la desigualdad, la promoción de una producción y un consumo sin límites...
- Políticas: como el colonialismo que encarnamos, la ingobernabilidad, la partidocracia, la corrupción, la manipulación de la democracia y la limitación a la participación...
- Los silenciados pero conocidos genocidios en Gaza, en la República Democrática del Congo, en Sudán, Nagorno Karabaj-Armenia, Etiopía, Xinjiang (China), Nigeria, Afganistán, ...
- Y las inequidades e injusticias educativas: malversación de fondos, precariedad de los servicios básicos y de las condiciones laborales de maestros/as, la violación al derecho de las personas neurodivergentes, y de un sistema político y económico que ve en los estudiantes una fuente de repago de un préstamo estudiantil, más que una inversión en la humanidad y en su futuro, y los ataques contra la educación pública, el trabajo social y al desarrollo sostenible.

Por todos estos motivos, entre otros, mi agenda académica y por ende, las aportaciones que propongo para continuar y profundizar en nuestra Misión tienen como punto de partida la EDUCACION.

«La educación [nos recuerda Magdalena Sofía Barat] es el campo de batalla de nuestros tiempos. Debemos trabajar en él, no accidentalmente sino esencialmente, con intensidad».

Y podemos nombrar diversas pedagogías y enfoques educativos:

- En Derechos humanos y de la niñez, una Educación Para la Paz, o desde la Ecopedagogía freiriana, o desde una Educación de la Carta de la Tierra, o la Educación Cívica y Ciudadana, o de la Educación Ambiental Transformadora latinoamericana, o desde una más significativa para mí, una ecopacifista...entre muchas otras.

Pero ya nuestra Misión nos convoca con gran peso a estas miradas nuevas del tipo de educación que esté a la altura de estos tiempos. Una que además de cumplir con lo disciplinario atienda *...también el afecto y el compromiso con servir a los demás...*

Bajo este referente, una verdadera educación y línea de investigación se vuelve más urgente y trascendental. Si bien coincido en que *"...la educación es el arma más poderosa que puedes usar para cambiar el mundo"*, como puntualizó Nelson Mandela, es inevitable preguntarnos si acaso el tipo de educación predominante de masas; ¿bancaria, elitista, colonial, racista, convergente, homófoba, machista, tecnocrática, ecocida y genocida...es la responsable en parte de la realidad que vivimos? ¿Cambiar el mundo para qué, y para quién o quiénes? ¿es el sistema de educación un "ente" no humano, o somos nosotros/as, con nuestras intenciones, acciones y omisiones, los que lo conformamos, lo promovemos y auspiciamos? Y, si no toda educación en sí misma es la que procura un cambio a favor de "las justicias" necesarias y deseadas ¿qué rasgos, convicciones, prácticas y compromisos debe contener una educación o investigación para estos fines, más allá de la preparación disciplinaria? ¿Acaso el curso de estos tiempos no reclama más aun una educación e investigación como "actos de resistencia" (Strega and Brown), como "islas de coherencia" (Prigogine)?

También nuestra Misión nos recuerda algunas de estas ideas y prácticas necesarias para alcanzar esta utopía. Por ejemplo, acompañar la formación de seres humanos y humanas solidarios/as, de esos/as que estén dispuestos/as a ponerse en los zapatos de la otra persona, expresión de vida o espacio natural- particularmente de los más vulnerabilizados/a, empobrecidos/, violentados/as y marginalizados/as. De seres que puedan ser capaces y atrevidos/as al momento de identificar una injusticia o desigualdad, procurando no solo cumplir su trabajo, sino aportar a que sea menos injusto el espacio atendido. Que internalicen y comprendan que *...si eres neutral en situaciones de injusticia has elegido el lado del opresor*, como sentenció el Obispo Anglicano sudafricano, premio Nobel de la Paz, Desmond Tutu. Cabe recordar la tragedia reciente ocurrida en la Universidad de Cornell, donde más de 40 voces masculinas, decidieron no decir ni hacer nada.

De seres que comprendan que *...hasta que no haya justicia, no habrá Paz...* Y que como docentes reconozcamos lo que sentenció la educadora y humanista italiana María Montessori, que *...todo el mundo habla de paz, pero nadie educa para la paz...Cuando eduquemos para cooperar, ese día*

estaremos educando para la paz. Y algunos añaden, que educamos para la competencia...y la competencia es el germen de las guerras... (La Educación Prohibida).

Entonces, por ejemplo, ¿por qué como sociedad aceptamos la importancia central del estudio y la práctica en el deporte, en las disciplinas, en el orden bélico militar, y sin embargo esperamos que los procesos de paz emerjan de manera mágica? La paz positiva se considera aquella que no solo busca el fin de las guerras y la violencia, si no la existencia y prevalencia de las condiciones y relaciones armoniosas y justas deseadas. Y los caminos de esta paz requieren estudio, disciplina, intención, desprendimiento y práctica. Y es en esa práctica que Freire nos recuerda que “...No creo en ningún esfuerzo llamado de educación para la paz que, en lugar de revelar el mundo de las injusticias lo vuelva opaco y tienda a cegar a sus víctimas”. No podemos escondernos, no podemos silenciarnos.

Por otro lado, en esa formación educativa a la que estamos llamados desde nuestra Misión, y que lleva de la injusticia a la paz, un elemento central lo es la promoción y práctica de la participación activa y genuina, particularmente, la de la búsqueda del consenso. Deseamos procesos educativos que reconozcan el conflicto como proceso inherente al ser humano, y que requiere integrar en lo cotidiano las herramientas y prácticas de los procesos de toma de decisiones por consenso, mediación y negociación, así como una comunicación empática y no violenta.

Estos procesos de formación requieren enaltecer y proteger la libertad intelectual para pensar, para informarnos, para confrontar, para poner en duda y para coincidir y validar conocimientos que nos permitan construir y reconstruir nuestra opinión de la manera más libre posible y en correspondencia con nuestras acciones. Y si bien este ejercicio puede iniciar de manera individual, también nos puede llevar a consolidar un sentido de comunidad imprescindible en estos tiempos. Una comunidad como la nuestra y nuestros vecinos del Caño Martín Peña, que honraron a nuestra estudiante migrante luego de auspiciar un proyecto de paz de recolección de agua de lluvia en una iglesia del sector que brinda alimentos a los ciudadanos. Expresándole,

“...hoy tus talentos no serán deportados del barrio...” Pastora de iglesia metodista en el Caño Martín Peña. Es decir, una comunidad solidaria en la justicia y la paz.

Entonces, es desde estas dimensiones y pedagogías que procuro continuar al servicio de nuestra Misión, desde la educación, lo social, la sostenibilidad y la investigación. Y es en la práctica de esa solidaridad que me hace dedicar esta sencilla reflexión a nuestros/as educadores/as y por los educadores/as muertos en Palestina, en Sudán, en Haití, Nicaragua, Congo...

Finalmente, en este espacio he podido aportar, crecer, aprender, servir, coincidir, diferir, equivocarme, reivindicarme y hacer comunidad entre colegas, estudiantes y amigos/as. En sus espacios verdes sembré semillas, y deseos de aprender y cosechar con los estudiantes.

De la misma forma en que alguien mira a un bosque y lo disfruta sin comprender plenamente el conjunto de relaciones simbióticas y de mega diversidad que le dan “vida”, procuro contemplar este entramado de experiencias, contradicciones, aprendizajes, retos y logros, de emociones y sentimientos que ha constituido este tiempo para mí. A profesores/as, maestros/as, comunidades escolares, administradores/as, a las excelentes colegas y amigxs de Educación, Trabajo Social y Psicología, y de otras disciplinas, a las asistentes administrativas, a choferes, bibliotecarios, técnicos y coordinadores/as de la Universidad del Sagrado Corazón y de otras instituciones, a los que aún están y los que han partido, a mi familia -a "Doña Awilda" (QDP) y Don Charlie- y amigos/as cercanos... A todos ustedes va mi agradecimiento.

Así, navegando entre el caos y las “islas de coherencia”, nuestra comunidad de aprendizaje sagradeña cuenta conmigo para aportar al logro de la misión desde mi agenda académica. Seguimos...